Stefan Zweig

Los ojos del hermano eterno

TRADUCCIÓN DE J. FONTCUBERTA Y A. ORZESZEK



Los ojos del hermano eterno, libro curiosísimo en la obra de Stefan Zweig, está escrito como una leyenda oriental situada mucho antes de los tiempos de Buda. Narra la historia de Virata, hombre justo y virtuoso, el juez más célebre del reino, que después de vivir voluntariamente en sus propias carnes la condena a las tinieblas destinada a los asesinos más sanguinarios, descubre el valor absoluto de la vida y reconoce en los ojos del hermano eterno la imposibilidad intrínseca de todo acto judicativo. Virata llega a ser, después de su renuncia, un hombre anónimo a quien le espera, una vez muerto, un olvido todavía más perenne, el de la historia que sigue su curso prescindiendo del hombre más justo de todos los tiempos.

Stefan Zweig

Los ojos del hermano eterno

Leyenda

ePUB r1.0
hofmiller 19.03.13

Título original: *Die Augen des ewigen Bruders*
Stefan Zweig, 1925
Traducción: Joan Fontcuberta y Agata Orzeszek

Editor digital: hofmiller
ePub base r1.0



A mi amigo Wilhelm Schmidtbonn

No por evitar la acción
se libra uno de hacer,
así, ni por un momento
puede dejar de actuar.

BHAGAVADGITA, CANTO TERCERO

¿Qué significa hacer? ¿Qué significa no hacer?
He aquí lo que tan a menudo desconcierta al sabio.
Porque hay que parar mientes en el hacer,
en el hacer prohibido.
Como también hay que parar mientes en el no hacer,
pues su esencia es insondable.

BHAGAVADGITA, CANTO CUARTO

LOS OJOS DEL HERMANO ETERNO

Ésta es la historia de Virata, a quien su pueblo enaltecía con los cuatro nombres de la virtud, pero de quien nada hay escrito en las crónicas de los soberanos ni en los libros de los sabios, y cuya memoria los hombres han olvidado.

Muchos años antes de que el excelso Buda morase en la Tierra e imbuyese en sus servidores la inspiración del conocimiento, en la tierra de los birwagh, en el país de un rey rajputa, vivía un noble, Virata, al cual llamaban «El Rayo de la Espada», porque era un guerrero intrépido como ningún otro y un cazador cuyas flechas jamás se desviaban del blanco, cuya lanza jamás se blandía en vano y cuyo brazo caía como un trueno acompañado por el silbido de la espada. Tenía la frente serena y nunca bajaba los ojos ante las preguntas de los hombres; jamás se le vio cerrar la mano en un puño malintencionado, ni se oyó su voz alzada en un rapto de cólera. Servía a su rey con lealtad, y sus esclavos le servían a él con veneración, pues no se conocía hombre más ecuánime en las cinco corrientes del río: se inclinaban ante su casa los piadosos que por allí pasaban y la sonrisa de los niños se reflejaba en el iris de sus ojos cuando los miraba.

Un día, sin embargo, la desgracia se cernió sobre el rey al que servía. El hermano de su esposa, a quien el soberano había nombrado administrador de la mitad de su reino, al codiciarlo entero, a sus espaldas había sobornado con regalos a los mejores guerreros del rey para que le sirvieran a él. Y había logrado de los sacerdotes que, de noche, le llevasen las garzas sagradas del lago, el símbolo de la soberanía desde hacía miles y miles de años en el linaje de los birwagh. El hostil hermano había preparado elefantes y garzas, había reunido a los hombres descontentos de las montañas en un ejército y emprendió una

marcha amenazadora sobre la ciudad.

El rey ordenó que sonaran los címbalos de cobre y los blancos cuernos de marfil desde el alba hasta el crepúsculo; de noche se encendían hogueras en las torres y en las llamas se echaban escamas de pescado trituradas para que, al quemarse, despidiesen destellos de color amarillo bajo las estrellas en señal de peligro. Pero acudieron pocos; la noticia del robo de las garzas sagradas había caído como una losa sobre los corazones de los comandantes y les arrebató el coraje: los guerreros de más fuste, los guardianes de los elefantes y los generales más experimentados ya se habían pasado al bando enemigo; en vano buscó amigos el desvalido rey (pues había sido un señor severo, un juez inflexible y un recaudador de diezmos cruel). No vio ante el palacio a ninguno de sus capitanes de confianza, ni comandante alguno, tan sólo un grupo de siervos y esclavos desconcertados.

En medio de tamaño apuro, el rey se acordó de Virata, quien, al oír la primera llamada de los cuernos, le había enviado un mensaje de lealtad. Ordenó que se le preparase la silla de brazos de ébano y que se le llevase hasta la puerta de su morada. En cuanto se levantó de la silla, Virata se inclinó ante él hasta tocar el suelo, pero el soberano lo abrazó y le rogó que capitaneara el ejército contra el enemigo. Virata se inclinó de nuevo y habló:

—Lo haré, señor, y no regresaré a esta casa hasta que las llamas de la insurrección hayan quedado sofocadas bajo los pies de tus siervos.

Convocó a sus hijos, siervos y esclavos, y junto con ellos se unió al grupo de hombres leales; luego, formó a todos en orden de combate. Caminaron todo el día por la espesura del bosque para poder llegar hasta el río, en cuya orilla opuesta se había reunido, en número infinito, el enemigo, que se jactaba de su superioridad y que talaba árboles para hacer un puente por el cual pasarían, por la mañana, como una marea que inundaría con sangre la tierra. Pero Virata, un experto en la caza del tigre, conocía un vado río arriba y, al oscurecer, guió a sus hombres, uno a uno, a través de las aguas y, ya entrada la noche, éstos se abalanzaron por sorpresa sobre el enemigo dormido. Agitaban sus antorchas asustando a los elefantes y a los búfalos, que, en su huida, aplastaban a los soldados dormidos, y encendían las tiendas con llamaradas blancas. Virata, antes que nadie, entró como una exhalación en la tienda del antirrey y, sin dar tiempo a que los del interior pudieran asustarse, mató a dos con la espada y a un tercero

justo cuando éste alzaba el brazo para coger la suya. Al cuarto y al quinto los mató en una lucha cuerpo a cuerpo, a oscuras: a uno le clavó la espada en la frente, y al otro en el pecho, todavía desnudo. Una vez los hubo abatido —yacían mudos en el suelo— se plantó en medio de la entrada a la tienda, sombra entre las sombras, para impedir que en ella penetrase nadie con la intención de recuperar el símbolo divino, las garzas blancas. Pero no se acercó ninguno de entre los enemigos, que huyeron en desbandada, despavoridos y perseguidos por los victoriosos siervos que lanzaban gritos de alegría. El enemigo, retirándose a toda prisa, se hallaba cada vez más lejos. Entonces, Virata se sentó con las piernas cruzadas delante de la tienda, la espada ensangrentada en las manos, esperando a que sus camaradas regresaran de la feroz cacería.

El amanecer no se hizo esperar: el nuevo día se despertaba más allá del bosque y encendía las palmeras con el rojo resplandor del alba, que emitía destellos cual antorchas reflejadas en el río. La herida flameante de Oriente, el sol, estalló teñido de sangre. Entonces, Virata se puso en pie, se despojó de las vestiduras, se acercó al río con los brazos levantados por encima de la cabeza y se inclinó para orar ante el ojo resplandeciente de dios; luego, entró en el río para hacer las abluciones prescritas y se enjuagó la sangre de las manos. Pero cuando la luz de las blancas olas le rozó la cabeza, retrocedió hasta la orilla, se cubrió con las vestiduras y, con el rostro radiante, volvió a la tienda para examinar a la luz del día las hazañas nocturnas. Los muertos yacían inertes, conservando aún el terror en el semblante: los ojos abiertos y las bocas torcidas en un rictus de espanto; con la frente aplastada el antirrey y con el pecho hundido el traidor que había sido general en jefe del país de los birwagh. Virata les cerró los ojos y siguió su recorrido para ver a los otros, los que había matado mientras dormían. Yacían medio cubiertos aún por los jergones; dos de los rostros le resultaron extraños: eran esclavos del traidor que los había seducido llegados de las tierras del sur, de pelo rizado y piel oscura. Pero cuando dio la vuelta a la última cara para mirarla se le nubló la vista, pues pertenecía a su hermano mayor Belangur, el príncipe de las montañas, al que había hecho venir en su ayuda y al que, sin saberlo, había matado con sus propias manos durante la noche. Se inclinó, tembloroso, encima del corazón del infeliz, que, acurrucado, yacía sobre el suelo. Pero ya no latía, y rígidos miraban aquellos ojos abiertos cuyas cuencas negras lo penetraban hasta la médula. Virata, sin poder tomar aliento,

permaneció inmóvil como un muerto entre los muertos y con la mirada fija en la lejanía, para que los ojos del que su madre había alumbrado antes que a él no lo acusasen del crimen.

Al poco rato, empero, el viento le trajo un gran griterío: los siervos, chillando como los pájaros del bosque, regresaban de la persecución, con espíritu alegre y provistos de un rico botín. Cuando hallaron muerto al antirrey, en medio de sus huestes, y a las garzas sagradas en lugar seguro, empezaron a bailar y a saltar, y a besar a Virata, que permanecía entre ellos inmóvil, ausente y con las vestiduras colgando de cualquier manera, y lo enaltecieron con nombres nuevos, como «El Rayo de la Espada». Y venían cada vez más y más, y cargaban el botín en los carros, pero las ruedas se hundían tanto bajo su peso que tenían que golpear a los búfalos con fustas y los esquifes amenazaban con zozobrar. Un bote zarpó desde el río a toda prisa para llevar la buena nueva al rey, mientras los demás remoloneaban en torno al botín y celebraban la victoria. Pero Virata permanecía sentado en silencio y con expresión soñadora en el rostro. Una sola vez levantó la voz, cuando sus hombres querían robar la vestimenta de los muertos. Se puso en pie y les ordenó que recogieran madera para convertirla en leña y que, sobre esas piras, amontonasen y quemasen los cadáveres, para que sus almas entraran purificadas en la transmigración. Los siervos se asombraron de que Virata procediese así con unos conspiradores cuyos cuerpos más bien merecían ser devorados por los chacales del bosque, y sus esqueletos, acabar emblanqueciéndose bajo la furia del sol; pero obedecieron sus órdenes. Una vez listas las piras, Virata en persona encendió el fuego, y esparció perfume y sándalo sobre la leña en llamas. Luego, volvió el rostro y permaneció en silencio hasta que la madera cayó convertida en brasas y el rescoldo quedó sepultado por la ceniza.

Mientras, los esclavos habían terminado el puente que el día anterior habían empezado a construir, arrogantes, los siervos del antirrey. Por él desfilaron los guerreros coronados con flores de plátano, tras ellos los siervos y, finalmente, los príncipes a caballo. Virata les dejó pasar porque sus cánticos y gritos de júbilo le atravesaban el alma, y, cuando echó a andar, lo separaba de ellos una distancia considerable, tal y como su voluntad había dispuesto. Se detuvo en medio del puente para mirar, durante un buen rato a su derecha y a su izquierda, el agua que corría debajo… Los guerreros, sorprendidos, se detuvieron para apostarse

delante y detrás de su persona, protegiendo el lugar. Y vieron cómo levantaba el brazo con la espada, como si quisiera blandirla contra el cielo, pero acabó por bajarlo, aflojó el puño y dejó caer la espada en el agua. Desde las dos orillas saltaron al río niños desnudos para recuperarla, imaginándose que se le había deslizado de las manos por un descuido, pero Virata, con una señal severa, les ordenó retroceder y siguió caminando entre sus siervos, atónitos, con rostro impenetrable y frente sombría. Ni una sola palabra afloró en sus labios durante la marcha, hora tras hora, por el camino amarillento de la patria.

Aún les separaba un buen trecho de las puertas de jaspe y las torres dentadas de Birwagha cuando, a lo lejos, vieron recortarse sobre el cielo una nube blanca; la nube se acercaba veloz y levantaba remolinos de polvo: era gente a pie y a caballo. Al divisar el ejército en marcha, el gentío se detuvo y se extendieron alfombras en las calles, señal de que el rey, cuyas suelas jamás tocan el polvo terrenal, desde que nace hasta que muere, que es cuando las llamas abrasan su cuerpo purificado, saldría a su encuentro. Y, acudiendo desde lejos, ya se aproximaba el rey, montado en su viejísimo elefante y rodeado por sus pajes. El elefante, obedeciendo la fusta, se arrodilló y el rey posó su pie sobre la alfombra extendida. Virata quiso inclinarse ante su señor, pero el rey, después de acercársele, lo rodeó con los dos brazos, un honor a un súbdito jamás visto ni registrado en los libros. Virata mandó traer las garzas y, cuando las aves batieron sus alas blancas, se produjo un estallido de alegría tan atronador que los corceles se encabritaron y los guías tuvieron que apaciguar a los elefantes con la fusta. El rey, al ver los signos de la victoria, volvió a abrazar a Virata y, con una señal de la mano, ordenó acercarse a un siervo. Éste llevaba la espada del padre de los héroes rajputianos, que había permanecido guardada en la real cámara del tesoro desde hacía siete veces siete siglos, una espada que tenía la empuñadura blanca, por el color de sus piedras preciosas, y cuya hoja lucía unas palabras misteriosas de victoria que, escritas con signos de oro y en la lengua de los antepasados, ni siquiera conocían ya los sabios y los sacerdotes del gran templo. Y el rey entregó a Virata la espada de las espadas como ofrenda de gratitud y como muestra de que, en lo sucesivo, él sería el más grande de sus guerreros y el comandante de sus pueblos.

Pero Virata, mirando al suelo con la cabeza baja, no la levantó mientras decía:

—¿Puedo rogar una gracia al más clemente de los soberanos y una súplica al más magnánimo?

El rey bajó los ojos y le respondió:

—Concedidas, incluso antes de que abras los ojos para mirarme. Y si me pides la mitad del reino, es tuyo sin que tengas que mover los labios.

Y habló Virata:

—Entonces, permite, oh soberano, que esta arma siga guardada en la cámara del tesoro, pues, en lo profundo de mi corazón, he jurado que, desde hoy, nunca más asiré espada alguna; he matado a mi propio hermano, el único que salió del mismo vientre que yo y con el cual jugué en los brazos de nuestra madre.

El rey, aturdido, se quedó mirándolo. Al cabo de un rato, dijo:

—En tal caso, que el más grande de mis guerreros esté sin espada; así sabré que mi reino está seguro ante cualquier enemigo, pues nunca héroe alguno había guiado mejor un ejército contra fuerzas superiores en número. Toma mi ceñidor como símbolo de poder, y este caballo mío, para que todo el mundo te reconozca como el más grande de mis guerreros.

Pero Virata volvió a inclinar el rostro hacia el suelo y respondió:

—El Invisible me ha enviado una señal que mi corazón ha comprendido. Maté a mi hermano para que supiera que quien mata al hombre, mata al hermano. No puedo ser caudillo en la guerra, porque la espada entraña violencia y la violencia es enemiga de la justicia. Quien toma parte en el pecado de homicidio, también es un homicida. Y yo no deseo inspirar miedo; todo lo contrario: prefiero alimentarme del pan del mendigo antes que despreciar la señal que he reconocido. Corta resulta una vida en el curso eterno de la transmigración, déjame vivir la mía como un hombre justo.

El rostro del rey se ensombreció y, por unos instantes, a su alrededor se hizo silencio; cargado de miedo, el silencio era tan profundo como atronador había sido antes el ruido, pues hasta aquel día, nunca jamás en los tiempos de los padres y de los antepasados, se había oído hablar de un hombre libre que se opusiera al rey o de un príncipe que se negara a aceptar un regalo de su soberano. El rey, sin embargo, alzó la vista hacia las garzas sagradas, el símbolo de la victoria que Virata había recuperado, y se le iluminó el rostro cuando decía:

—Siempre te he considerado como un guerrero esforzado ante mis enemigos, Virata, y como el hombre más justo de entre los servidores de mi

reino. Si ya me veo obligado a renunciar a ti en la batalla, al menos no deseo privarme de tenerte a mi servicio. Como conoces la culpa y sabes sopesarla como un hombre justo, serás mi juez supremo y pronunciarás sentencias desde la escalera de mi palacio, y así entre sus muros la verdad quedará garantizada y en el país se cumplirán los preceptos de la justicia.

Virata se inclinó ante el rey y le abrazó las rodillas en señal de gratitud. El rey le ordenó montar en su elefante, a su lado, y juntos entraron en la ciudad de las sesenta torres, cuya alegría los golpeó como un mar enfurecido.

Desde lo alto de la escalinata de color rosa, a la sombra del palacio, Virata administraba ahora la justicia en nombre del rey, desde la salida hasta la puesta del sol. Su palabra era, sin embargo, como una balanza que tiembla antes de medir el peso: su mirada penetraba hasta lo más profundo del alma del culpable y sus preguntas, tenaces, llegaban hasta el fondo de los delitos, como el tejón en la oscuridad de la tierra. Era severo su veredicto, pero nunca lo dictaba el mismo día, sino que, entre el interrogatorio y la sentencia, siempre dejaba el frío lapso de la noche: los suyos a menudo lo oían caminar por la azotea de la casa, sin descanso, durante las largas horas anteriores al alba, sumido en meditaciones sobre la justicia y la injusticia. Y antes de pronunciar sentencia, sumergía en el agua la frente y las manos para purificar su veredicto del fuego de la pasión. Y cada vez que pronunciaba uno, preguntaba luego al malhechor si su decisión le parecía errónea; pocas veces ocurrió que se la rebatiesen; en silencio, besaban la base de su silla y, cabizbajos, aceptaban la condena como si fuese dictada por boca de dios.

Pero jamás pronunció su boca mensaje de muerte, ni siquiera con los más culpables; Virata, además, siempre se negó a prestar oídos a aquellos que se lo aconsejaban, pues no soportaba la sangre. Con el paso de los años, la lluvia acabó por dejar inmaculado el pozo redondo de los antepasados rajputianos, en cuyo brocal el verdugo colocaba las cabezas de los condenados para cortárselas y cuyas piedras habían llegado a teñirse de negro, de tanta sangre derramada. Y, aun así, el país no se volvió a ver sacudido por disturbios ni calamidades. Virata encerraba a los malhechores en prisiones talladas en las rocas o los enviaba a las montañas, donde tenían que picar piedra para los muros de los jardines, o a los

molinos de arroz, a orillas del río, donde con ayuda de los elefantes hacían girar las ruedas. Pero respetaba la vida y los hombres lo respetaban a él, pues jamás habían detectado un fallo en sus sentencias, ni negligencia en sus preguntas, ni cólera en sus palabras. Desde tierra adentro, en carros de búfalos, acudían a él campesinos con sus pleitos, para que él hiciese de mediador; los sacerdotes escuchaban su palabra y el rey, sus consejos. Su fama crecía como crece el bambú joven, firme y brillante, en una noche, y los hombres olvidaron cómo se llamaba antes, pues al que enaltecieran como «El Rayo de la Espada», ahora lo llamaban, en todo el país rajputa, «La Fuente de la Justicia».

Cuando Virata ya llevaba seis años impartiendo justicia desde los escalones de la entrada, un día unos querellantes llevaron ante él a un muchacho de la tribu de los kazar: salvajes que habitaban en las rocas y que adoraban otros dioses. El joven tenía los pies agrietados de tantos días de caminar y cuatro cadenas rodeaban sus fuertes brazos, para impedir que atacase a alguien, pues sus ojos amenazadores refulgían airados bajo sus oscuras cejas. Condujeron al preso hasta la escalinata y lo obligaron a arrodillarse ante el juez, luego se inclinaron en una reverencia y levantaron los brazos en señal de queja.

Virata dirigió una mirada estupefacta a los forasteros.

—¿Quiénes sois, hermanos, que venís de lejos, y quién es ese al que traéis ante mí cargado de cadenas?

El más viejo hizo una reverencia y dijo:

—Somos pastores, señor, y vivimos pacíficamente al oeste del país, pero éste es el peor de los malvados, un monstruo que ha matado a más hombres que dedos tiene en las manos. Un hombre se negó a entregarle a su hija como esposa, porque los de la tribu de éste son de costumbres impías, comen perros y matan vacas, y la dio a un comerciante del valle. Entonces, él, furioso, entró de noche en nuestros hogares como un ladrón, mató al padre y a sus tres hijos, y cada vez que alguno de los pastores de aquel hombre llevaba el rebaño hasta los límites de las montañas, él lo mataba. Quitó la vida a once hombres de nuestra aldea, hasta que nos juntamos para atrapar al malvado, lo perseguimos como a una bestia salvaje y lo hemos traído ante el más justo de los jueces para que libre al país de este bárbaro criminal.

Virata miró al encadenado desde los pies hasta la cabeza.

—¿Es verdad lo que dicen?

—¿Quién eres tú? ¿El rey?

—Soy Virata, su servidor y servidor de la justicia, velo por que las culpas sean expiadas y separo lo verdadero de lo falso.

El encadenado guardó silencio durante unos instantes. Después, miró a Virata con ojos severos.

—¿Cómo puedes saber qué es verdadero y qué es falso si lo miras todo desde lejos, pues en tu saber, tan sólo te nutres de las palabras de los hombres?

—Para descubrir la verdad, me gustaría contrastar sus argumentos con tus réplicas.

El encadenado arqueó las cejas con desprecio.

—No discuto con ellos. ¡¿Cómo puedes saber qué he hecho si ni siquiera yo mismo sé lo que hacen mis manos cuando me consume la rabia?! He dado su merecido a un hombre que vendió a una mujer por dinero y he castigado a sus hijos y siervos. Si quieren, pueden querellarse contra mí. Yo los desprecio como desprecio tu veredicto.

Un torrente de ira atravesó el ánimo de los presentes al oír cómo aquel criminal empedernido injuriaba a un juez tan ecuánime, y un servidor del tribunal ya alzaba su vara de púas para descargar un bastonazo sobre el desalmado. Pero Virata le ordenó con un gesto que bajase el brazo y volvió a repetir las preguntas. Después de recibir una respuesta de los querellantes volvía a interrogar al encadenado. Pero éste se limitaba a rechinar los dientes en una risa malévola y tan sólo una vez habló:

—¿Cómo pretendes saber la verdad a partir de las palabras de los otros?

Era mediodía y el sol caía a plomo sobre las cabezas cuando Virata dio por terminadas las preguntas. Se levantó y, como de costumbre, se disponía a irse a casa y pronunciar su veredicto al día siguiente. Pero los querellantes alzaron las manos:

—Señor —dijeron—, hemos caminado siete días para presentarnos ante ti y otros siete días tardaremos en volver a casa. No podemos esperar hasta mañana, porque el ganado se muere de sed y el campo debe ser arado. Señor, te lo suplicamos, dicta tu sentencia.

Y Virata volvió a sentarse sobre el escalón y se puso a reflexionar. Su rostro aparecía tan tenso como el de aquel que lleva un peso muy grande sobre los hombros, pues nunca se había visto obligado a pronunciar sentencia sobre

alguien que no pedía clemencia ni se defendía con la palabra. Reflexionó durante un rato muy largo, mientras las sombras crecían con el paso de las horas. Finalmente, se acercó a la fuente, se lavó la frente y las manos con agua fresca para liberar sus palabras del fuego de la pasión, y dijo:

—Sea justa la sentencia que ahora pronunciaré. Este hombre es culpable de homicidio, ha separado a once personas vivas de sus cuerpos calientes y las ha enviado al mundo de la transmigración. La vida de un hombre tarda un año en madurar, encerrado en el vientre de la madre. De modo que, por cada una de sus víctimas, pase el acusado un año encerrado en la oscuridad de la tierra. Y como once veces ha derramado sangre del cuerpo humano, que sea azotado once veces cada año, hasta que le brote sangre, y así pagará su crimen de acuerdo con el número de sus víctimas. Pero que no se le castigue quitándole la vida, pues la vida pertenece a los dioses y no le está permitido al hombre tocar aquello que es divino. Que sea justa la sentencia que he pronunciado y que no sirva para satisfacer venganza alguna.

Y volvió Virata a sentarse en los escalones y los querellantes los besaron en señal de respeto. El encadenado, sin embargo, clavó una mirada tétrica en el juez, que también lo observaba, inquisidor. Y dijo entonces Virata:

—Te he interrogado para que pidieras clemencia y me ayudaras a rebatir los argumentos de tus acusadores, pero tus labios han permanecido sellados. Si hay error en mi sentencia, no me acuses a mí ante el Eterno, sino a tu propio silencio. Yo quería mostrarme clemente contigo.

El encadenado se encolerizó:

—No quiero tu clemencia. ¿Qué significa la clemencia que me ofreces en comparación con la vida que me quitas de un resuello?

—No te quito la vida.

—Sí que me la quitas, y lo haces de una manera más cruel que los jefes de nuestra tribu, a los que llaman salvajes. ¿Por qué no me matas? Yo he matado, un hombre tras otro. Tú, en cambio, me mandas enterrar como la carroña en la oscuridad de la tierra para que me pudra con el paso de los años, y todo porque tu corazón se acobarda ante la sangre y débiles son tus entrañas. Arbitrariedad es tu ley y tortura tu sentencia. Mátame, puesto que yo he matado.

—He medido la condena con equidad.

—¿La has medido con equidad? Y ¿dónde se halla, juez, la medida que

aplicas? ¿Quién te ha azotado para que conozcas el azote? ¿Cómo puedes contar con tanta frivolidad los años con los dedos, como si fuesen iguales las horas pasadas a la luz y las que transcurren encerradas en las tinieblas de la tierra? ¿Has estado alguna vez en prisión, como para saber cuántas primaveras quitas de mis días? No eres un juez sino un ignorante, pues tan sólo sabe del golpe quien lo siente en carne propia y no quien lo asesta; sólo aquel que ha sufrido puede medir el sufrimiento. Tu orgullo osa castigar a los culpables y tú eres el más culpable de todos, pues yo he quitado la vida en un arrebato de cólera, mientras que tú me quitas la mía a sangre fría y me aplicas una medida que tu mano no ha sopesado para descubrir su verdadero peso. ¡Aléjate de los escalones de la justicia, juez, no vaya a ser que ruedes escaleras abajo y vayas a parar a sus mismísimos píes! ¡Ay de aquel que mide con la vara de la arbitrariedad! ¡Ay del ignorante que cree saber lo que es el derecho! ¡Fuera de los escalones, juez ignorante, y no condenes a los vivos a la muerte que tu palabra entraña!

De su boca vocinglera brotaba odio puro, y los otros, en un arrebato de ira, se abalanzaron sobre él. Pero Virata los contuvo una vez más, volvió la cabeza para no mirar al salvaje y dijo en voz baja:

—No puedo desdecirme del veredicto pronunciado en estos escalones. Ojalá hubiese sido más justo.

Luego, mientras se llevaban al condenado que se resistía a pesar de las cadenas, Virata se marchó. El juez, sin embargo, se detuvo una vez más para volver el rostro hacia atrás: se encontró con los ojos, fijos y malvados, del hombre al que arrastraban. Y se estremeció Virata al sentir en el fondo de su corazón hasta qué punto se parecían a los ojos de su hermano muerto, cuando lo había visto yaciendo inerme en la tienda del antirrey…

Aquella tarde, Virata no dirigió una palabra más a los hombres. La mirada del desconocido se le clavaba en el alma como una flecha ardiendo. Y los suyos le oyeron caminar por la azotea de la casa durante toda la noche, sin descanso, hora tras hora, hasta que despuntó el alba, roja, entre las palmeras.

En el estanque sagrado del templo, Virata tomó su baño matutino y oró de cara a oriente. Al terminar, volvió a entrar en casa, eligió las vestiduras amarillas de las fiestas, saludó con una expresión grave en el rostro a los suyos, quienes observaban su comportamiento solemne atónitos aunque sin hacer preguntas, y se dirigió, solo, al palacio del rey, que para él permanecía abierto a cualquier

hora del día y de la noche. Virata se inclinó ante el soberano y tocó el borde de su vestidura, señal de súplica.

El rey le dirigió una mirada serena desde el trono y dijo:

—Tu deseo ha tocado mi vestidura. Te ha sido concedido, antes de que lo manifiestes en palabras, Virata.

Virata permaneció inclinado.

—Me has nombrado juez supremo. Durante siete años he juzgado en tu nombre y no sé si lo he hecho con justicia. Concédeme una luna de silencio para que emprenda mi camino en busca de la verdad, y permite que no os revele ese camino, ni a ti ni a los demás. Deseo actuar sin injusticia y vivir sin culpa.

El rey, maravillado, repuso:

—Mi reino se verá privado de la justicia desde esta luna hasta la siguiente. Pero no te preguntaré cuál es tu camino. Ojalá te lleve a la verdad.

Virata besó el dobladillo de la real vestidura en muestra de agradecimiento, se volvió a inclinar y se marchó.

Con la luz del día, entró en su casa y llamó a su mujer e hijos.

—No me veréis durante una luna entera. Despedios de mí, y no me preguntéis nada.

Medrosa lo miraba la mujer y dóciles los hijos. Él se inclinó ante cada uno de ellos y les besó la frente.

—Ahora id a vuestras habitaciones y encerraos en ellas, y que nadie me siga con la mirada para ver adonde me dirijo cuando salga por la puerta. Y no preguntéis por mí antes de que haya cambiado la luna.

Y todos, en silencio, encaminaron sus pasos hacia sus respectivas habitaciones.

Virata se quitó la vestidura de fiesta y se puso una oscura, oró ante las efigies del dios de las mil formas y estampó un largo escrito en hojas de palmera, después lo enrolló como una carta. Luego, cuando ya había oscurecido, salió de su casa, sumida en el silencio, y se dirigió hacia las rocas que se levantaban delante de la ciudad y cuyas entrañas, además de las minas de hierro, albergaban las prisiones. Llamó a la puerta hasta que el guardián, dormido, se levantó de su jergón y preguntó, a gritos, quién lo reclamaba.

—Soy Virata, el juez supremo. He venido a ver al hombre que trajeron aquí ayer.

—Está encerrado lo más abajo posible, señor, en la parte inferior de la oscuridad. ¿Quieres que lo traiga ante ti, señor?

—Sé dónde está. Dame la llave y vuelve a la cama. Mañana a primera hora encontrarás la llave ante tu puerta. Y no digas a nadie que me has visto hoy.

El guardián, después de inclinarse, le entregó la llave y una antorcha. Respondiendo al ademán de Virata, el hombre dio media vuelta sin decir palabra y se tumbó sobre el jergón. El juez abrió la puerta de cobre que cerraba la cueva de la roca y bajó a las profundidades de las prisiones. Habían transcurrido cien años ya desde que los rajputianos habían empezado a encerrar a sus presos dentro de aquellas rocas, y cada uno de los encerrados, día tras día, excavaba en el corazón de la montaña para crear en la fría piedra nuevas estancias, destinadas a las nuevas víctimas de la prisión que, más tarde, los reemplazarían.

Antes de atravesar la puerta, Virata echó un último vistazo al cuadrado del cielo que, con estrellas blancas y saltarinas, se recortaba en su marco; luego, después de cerrarla, lo engulló la oscuridad y la llama vacilante de la antorcha se precipitó sobre él como una fiera depredadora. Aún percibía el suave silbido del viento entre los árboles y los chillidos estridentes de los monos; pero, en la primera profundidad, ya no eran más que un susurro débil y remoto, y en la segunda, reinaba un silencio como bajo la superficie del mar, frío e inmóvil. Las piedras no desprendían sino humedad, y no el olor de la tierra de este mundo, y cuanto más descendía, más resonaban sus pasos en la rigidez del silencio.

En la quinta estancia, más honda bajo la tierra que altas las palmeras más gigantescas, se encontraba la celda del preso. Virata penetró en ella y alzó la antorcha por encima del bulto oscuro tirado en el suelo, que no se movió hasta que la luz se posó en su cara. Chirrió una cadena.

Virata se inclinó sobre él.

—¿Me reconoces?

—Sé quién eres. Eres ese al que nombraron amo y señor de mi destino y que me ha aplastado con su pie.

—No soy ningún señor. Soy servidor del rey y de la justicia. Y he venido para servirla.

El preso lanzó una mirada tenebrosa con la que recorrió el rostro del juez.

—¿Qué quieres de mí?

Virata, después de permanecer en silencio un rato, dijo:

—Te he herido con mi palabra, pero también tú me has hecho daño con las tuyas. Ignoro si mi sentencia ha sido justa, pero sí había verdad en tus palabras: no se puede medir a nadie con una vara que no se conoce. He sido un ignorante, pero ahora quiero saber. He enviado a cientos de hombres a esta noche, a muchos he infligido castigos que no sé lo que significan. Ahora los quiero conocer por experiencia propia, quiero aprender a ser justo y entrar en la transmigración sin culpa.

El preso siguió mirándolo fijamente. La cadena emitió un chirrido leve.

—Quiero saber a qué te he condenado, quiero sentir en carne propia cómo muerde el azote y cómo pasa el tiempo encadenado a mi alma. Durante una luna ocuparé tu lugar para saber cuánta penitencia habré acumulado. Después de conocer su peso y rigor, tal vez cambie el veredicto. Mientras tanto, serás libre. Te daré la llave que te conducirá a la luz, y podrás llevar una vida de hombre libre durante una luna, siempre y cuando me prometas que volverás. Para entonces, las tinieblas de estas profundidades se habrán convertido en la luz de mi conocimiento.

El preso, de pie, se puso rígido como una roca. Ya no chirriaba la cadena.

—Júrame por la despiadada diosa de la venganza, de la que nadie se libra, que callarás ante todo el mundo y yo te entregaré la llave y te daré mi ropa. Dejarás la llave ante la estancia del guardián y saldrás en libertad. Pero quedarás unido a mí por el juramento pronunciado ante el dios de las mil formas y cuando la luna haya completado su periplo, llevarás al rey este escrito para que yo pueda salir de aquí e impartir justicia con ecuanimidad. ¿Lo juras por el dios de las mil formas?

—Lo juro —salió de los labios temblorosos del preso, como de las profundidades de la tierra.

Virata lo libró de la cadena y se quitó la ropa.

—Toma, coge estas ropas y dame las tuyas, y tápate la cara para que no te reconozcan los guardianes. Y ahora, con esta navaja, córtame el pelo y la barba para que tampoco me reconozcan a mí.

El preso cogió la navaja, pero su mano, temblorosa, no lo obedeció. Sin embargo, la imperiosa mirada del otro lo penetró de tal manera que acabó

haciendo lo que se le había ordenado. Guardó silencio durante un buen rato. Luego, se lanzó a los pies del juez y las palabras empezaron a brotar de su boca como un grito:

—Señor, no puedo consentir que sufras por mi culpa. Yo he matado, he derramado sangre con mi mano fogosa. Tu sentencia era justa.

—Tú no la puedes ponderar, como tampoco puedo hacerlo yo, pero pronto me llegará la iluminación. Y ahora márchate y haz lo que has jurado hacer, y el día de la luna llena comparece ante el rey para que me saque de aquí: para entonces, habré logrado pleno conocimiento de mis actos y mi palabra jamás contendrá injusticia alguna. ¡Márchate!

El preso se inclinó y besó el suelo…

Pesada cayó la puerta en la oscuridad, una vez más saltó la luz de la antorcha sobre las paredes, mas luego, la noche se precipitó sobre las horas.

A la mañana siguiente, Virata fue conducido al campo que se extendía delante de la ciudad y, sin ser reconocido por nadie, fue azotado. Cuando cayó sobre su espalda desnuda el primer latigazo, brusco, Virata lanzó un grito. Luego, apretó fuertemente los dientes. Sin embargo, tras el latigazo setenta, después de que se oscurecieran sus sentidos, se lo llevaron como un animal muerto.

Se despertó echado de espaldas sobre el suelo de la celda y le pareció que lo estaba sobre un fuego ardiendo. La frente, por el contrario, la tenía fría y cada vez que tomaba aire aspiraba el olor de hierbas silvestres: notó que le tocaba el pelo una mano de la que goteaba tila. Abrió poco a poco las rendijas de sus párpados y vio a su lado a la mujer del guardián, que con esmero le limpiaba la frente. Y cuando, finalmente, acabó por abrir del todo los ojos para mirarla, vio cómo, a través de la mirada de la mujer, lo contemplaba la estrella de la compasión. Y a través del fuego de su propio sufrimiento, conoció el sentido de todos los sufrimientos y la clemencia de la bondad. Le dirigió una débil sonrisa y ya no sentía dolor.

Al segundo día, ya pudo levantarse y palpar con la mano el frío cubículo en que se encontraba. Sentía cómo, con cada paso que daba, aparecía ante él un mundo nuevo; al tercer día se le habían cicatrizado todas las heridas y su cuerpo recuperaba la fuerza y los sentidos. Permanecía quieto, sentado, y sabía que las

horas seguían su curso sólo por las gotas de agua que caían de la pared, dividiendo el gran silencio reinante en pequeños momentos que silenciosamente se convertían en día y en noche, al igual que una vida hecha de miles de días avanza hacia la madurez y la vejez. Nadie le hablaba y la oscuridad le entumecía la sangre, pero desde su interior brotaban recuerdos multicolores como de un manantial apacible, manaban muy despacio para desembocar en un tranquilo estanque de contemplación, donde se reflejaba toda su vida. Todo lo que había experimentado dividido en pequeños retazos fluía ahora formando un todo, y una claridad límpida, sin oleadas, sostenía una imagen purificada, suspendida sobre su corazón. Jamás habían sido sus sentidos más puros que en aquel momento de contemplación queda de su mundo reflejado.

Con cada día que pasaba, los ojos de Virata se volvían más claros; de la oscuridad salían a su encuentro las cosas, que confiaban sus formas a los sentidos del preso. También de su interior, sumido en una contemplación serena, se apoderaba la luz: el suave aire de la reflexión que sin querer se expandía más allá de su reflejo, el recuerdo, jugueteaba con las formas de las transmigraciones, igual que las manos del encadenado con los guijarros de las profundidades. Oculto ante sí mismo, cautivo e inmóvil, ignorante de los contornos de su propio cuerpo en la oscuridad, sentía más viva que nunca la fuerza del dios de las mil formas, y a sí mismo adquiriendo una u otra, sin acogerse a ninguna, totalmente libre de la servidumbre de la voluntad, muerto en vida y vivo en la muerte… Todo el miedo a lo fugaz desaparecía en el dulce placer que proporciona la liberación del cuerpo. Con el paso de las horas, le parecía hundirse cada vez más en la oscuridad, en la roca y en la negra raíz de la tierra, y, sin embargo, se sabía portador de un germen nuevo, tal vez un gusano que escarba en la tierra, o una planta que pugna por salir al exterior empujando con su tallo, o tan sólo una roca que reposa, fresca, en la bendita inconsciencia de la existencia.

Dieciocho días gozó Virata del misterio divino de contemplación abnegada, libre de su propia voluntad y del instintivo deseo de vivir. Lo que hacía en un acto de expiación se le reveló como una bendición, y sabía en su fuero interno que culpa y fatalidad no eran sino visiones del eterno anhelo del saber. En la decimonona noche, sin embargo, se despertó alarmado: le había sobrevenido un pensamiento terrenal que había penetrado en su cerebro como una aguja incandescente. El miedo agitaba su cuerpo en una tortura terrible y los dedos de

la mano le temblaban como tiemblan las hojas del árbol. Y el pensamiento estremecedor era éste: que el preso lo olvidase y no cumpliese su juramento, y que él tuviese que permanecer allí miles y miles y miles de días, hasta que la carne se le desprendiera de los huesos y la lengua se le volviera rígida de tanto silencio. Una vez más la voluntad de vivir saltó dentro de él como una pantera para desgarrar la envoltura corporal: el tiempo entró a raudales en su alma, y penetraron en ella el miedo y la esperanza, sentimientos contradictorios que confunden al hombre. Ya no podía pensar en el dios de las mil formas de la vida eterna, sino sólo en sí mismo; sus ojos anhelaban luz, sus piernas, que chocaban con la dura piedra, ansiaban espacio: querían correr y saltar. Debía pensar en la mujer y los hijos, la casa y la hacienda, en la tentación ardiente del mundo que embriaga los sentidos y llena la sangre con el calor de la vida.

El tiempo, que hasta entonces había permanecido mudo a sus pies como un estanque negro y liso, inundó su pensamiento cual un torrente; crecía por momentos como una riada, pero siempre en su contra. Él deseaba que lo arrancase de allí y se lo llevase, como a un trozo de madera que salta sobre aguas embravecidas, hacia la hora fijada para su liberación. Pero el tiempo se empecinaba en correr en su contra: respirando con dificultad, el nadador, desesperado, hacía grandes esfuerzos por arrebatarle las horas, una tras otra. Y le pareció que, a partir de un cierto momento, las gotas de agua de la pared tardaban en caer, por lo alargado que se había vuelto el lapso de tiempo entre una y otra. Ya no podía seguir tumbado sobre la yacija. La idea de que el otro lo olvidase y que él tendría que pudrirse en aquella cueva de silencio lo empujaba a ir de una pared a otra como una peonza. El silencio lo asfixiaba: gritó a las paredes con palabras ya injuriosas, ya lastimeras, se maldijo a sí mismo y maldijo a los dioses y al rey. Arañó la roca escarnecedora con uñas ensangrentadas y dio cabezazos en la puerta hasta que cayó en el suelo, sin sentido, para volver a levantarse una vez despierto y, como una rata rabiosa, recorrer el cubículo de pared a pared.

Aquellos días, desde el decimoctavo de su confinamiento hasta la luna nueva, vivió en un mundo de terror. Le repugnaba la comida y la bebida a causa del miedo que se había adueñado de su cuerpo. No podía pensar en nada; tan sólo se movían sus labios, que contaban las gotas que caían dividiendo un tiempo interminable, día tras día. Y sin que se diera cuenta, se le había vuelto

gris el pelo que cubría sus sienes palpitantes.

Al trigésimo día, empero, se oyó un ruido ante la puerta y, luego, volvió el silencio. Al cabo de un rato se oyeron pasos, la puerta se abrió de repente dejando que irrumpiese la luz, y ante el hombre enterrado en las tinieblas apareció el rey en persona. Abrazó con amor al juez mientras decía:

—Me he enterado de tu acto, el cual es más grande que todos los que figuran en los libros de los padres. Brillará como una estrella sobre la bajeza de nuestra vida. Sal al exterior para que te ilumine la luz de dios y para que el dichoso ojo del pueblo vea a un hombre justo.

Virata se puso la mano ante los ojos porque la deslumbrante luz, a la cual ya no estaba acostumbrado, le abrasaba la mirada, y, en su interior, la sangre púrpura corría espesa. Se puso de pie como un borracho, y los siervos tuvieron que sostenerlo. Sin embargo, antes de alcanzar la puerta, habló:

—Me has llamado hombre justo, rey, pero yo ahora sé que el que imparte justicia comete injusticias y se llena de culpa. Todavía hay hombres en estas profundidades que sufren por culpa de mis palabras, y yo, quien hasta ahora no comprendía su sufrimiento, sé que no existe nada con que resarcir sus delitos. Suéltalos, rey, y dispersa al pueblo deseoso de verme porque me avergüenzan sus elogios.

El rey hizo una señal y los siervos echaron a la gente. Volvió a reinar el silencio. Luego, el rey dijo: —Te sentabas sobre el escalón más alto del palacio para impartir justicia. Pero ahora, cuando gracias al sufrimiento ilustrador te has convertido en el más sabio de los jueces, te sentarás a mi lado, para que yo pueda escuchar tu palabra y para que también yo aprenda algo de tu ecuanimidad.

Pero Virata rodeó con los brazos las rodillas del monarca en señal de súplica:

—¡Líbrame de mi cargo! Soy incapaz de volver a pronunciar sentencia alguna, desde el momento en que sé que nadie puede ser juez de nadie. Castigar es cosa de dios, no del hombre, y el que toca el destino cae en falta. Yo quiero vivir mi vida sin culpa.

—Pues que así sea —respondió el rey—: no serás juez del reino, sino consejero de mis actos, para que, con tu ecuanimidad, me aconsejes en guerra y paz, en impuestos y tributos, y para que no me equivoque en mis decisiones.

Virata volvió a abrazar las rodillas del rey.

—No me des poder, rey, porque el poder impele a la acción, ¿ y qué acción

es justa, rey, y cuál no atenta contra el destino del otro? Si aconsejo guerra, siembro la muerte, y todo lo que digo se convierte en acción, y toda acción engendra un significado que ignoro. Sólo puede ser justo aquel que no toma parte en el destino ni en la obra ajena; aquel que vive solo: nunca me había acercado más a la verdad que cuando estaba solo, sin la palabra de los hombres, ni tampoco más libre de culpa. Permite que viva tranquilo en mi casa, sin otra obligación que la del sacrificio a los dioses, para purificarme de toda culpa.

—Aunque a disgusto, sí te doy mi permiso — dijo el rey—, pues ¿quién puede contradecir a un sabio y truncar la voluntad de un hombre justo? Vive tal y como lo deseas, pues ya es un honor para mi reino que dentro de sus fronteras viva y trabaje un hombre sin culpa.

Luego, se acercaron a la puerta y el rey le dejó marcharse. Virata partió solo y aspiró el dulce aire del sol, con el alma más liviana que nunca porque regresaba a casa libre de cargos y obligaciones. A sus espaldas se oían pisadas furtivas de unos pies descalzos, y, cuando volvió la cabeza, vio que eran las del condenado cuya tortura había aceptado. El condenado besó el polvo de las pisadas de Virata, se inclinó ante él, temeroso, y desapareció. Virata, por primera vez desde que había visto la mirada fija de su hermano, volvió a sonreír y, contento, enfiló el camino a casa.

Una vez en el hogar, Virata vivió días de luz. Su despertar era una loa de agradecimiento porque le estaba permitido contemplar la claridad del cielo en lugar de las tinieblas, porque veía los colores y olía el perfume de la santa tierra, y oía la música diáfana de las mañanas. Cada día percibía como un gran regalo el milagro de respirar y el prodigio de moverse libremente; palpaba, piadoso, su propio cuerpo, el tierno cuerpo de su mujer y los robustos de sus hijos; feliz y consciente en todo momento de la presencia del dios de las mil formas, a su alma le daba alas el dulce orgullo de saber que nunca más intervendría en el destino de otros ni que, hostil, tocaría ninguna de las mil formas del dios invisible. Desde la mañana hasta la noche, leía los libros de la sabiduría y se entrenaba en las artes del recogimiento, que son el silencio de la contemplación, el abandono lleno de amor en el espíritu, el hacer bien a los pobres y la oración con sacrificio. Y su espíritu se tornó más alegre, su manera de hablar se había suavizado aun cuando se dirigía al más humilde de los siervos, y sus allegados lo amaban más que nunca. Era un amparo para los pobres y un consuelo para los desdichados.

Velaban su sueño plegarias de muchos hombres, que ya no lo llamaban, como antes, «El Rayo de la Espada» ni «La Fuente de la Justicia», sino «El Campo del Buen Consejo». Y es que no sólo los vecinos acudían a él en busca de su arbitraje, sino también forasteros que venían de lejos para que él dirimiese sus disputas, a pesar de que ya no era juez del reino; y todos aceptaban su palabra sin sombra de duda. Complacía a Virata todo ello, porque veía que era mejor aconsejar que mandar y dirimir que juzgar: notaba que vivía sin culpa desde el momento en que ya no decidía el destino de nadie y, sin embargo, influía en el destino de muchos. Y amaba la plenitud de su vida con espíritu sereno.

Y así pasaron tres años, y otros tres, como un día claro. El corazón de Virata se volvía cada vez más benigno: cuando se le planteaba una disputa, en su interior a duras penas comprendía que hubiese en el mundo tanta ansiedad y que los hombres, por pequeñas envidias de propiedad, se abriesen camino a codazos cuando tenían por delante toda la vida y el dulce aroma de la existencia. Él no envidiaba a nadie y nadie lo envidiaba a él. Su casa se alzaba como una isla de paz dedicada a una vida sin rugosidades, a cubierto de los aguaceros de la pasión y de los torrentes de los anhelos.

Una noche, en el sexto año de su silencio, Virata ya se había retirado a descansar cuando, de repente, oyó un grito desgarrador, seguido por un ruido de golpes. Se levantó de la cama de un salto y vio que los suyos, después de obligar a arrodillarse a un esclavo, con un látigo de piel de hipopótamo le azotaban la espalda, que ya sangraba. Y los ojos del esclavo, salidos de las órbitas a causa de aquella tortura hiriente, se le clavaron en el rostro: una vez más contemplaba su alma la mirada del hermano asesinado. Virata corrió para detener el brazo del látigo y preguntó qué ocurría.

De las explicaciones y las réplicas de unos y otros se desprendía que aquel esclavo, cuyas obligaciones consistían en ir a buscar agua a la fuente de las rocas y en traerla a casa en pequeños cubos de madera, con la excusa del calor del mediodía, había llegado varias veces tarde con su carga siendo por ello castigado a menudo, hasta que, el día anterior, después de uno especialmente severo, se había escapado. Los hijos de Virata lo habían perseguido a caballo y lo habían atrapado cuando ya estaba en un pueblo del otro lado del río; lo habían atado con una cuerda a la silla del corcel de tal manera que, medio corriendo, medio arrastrado —de ahí esos cortes en sus pies—, tuvo que volver a casa, donde se le

estaba administrando otro castigo corporal, aún más severo, para escarmiento suyo y de todos los demás esclavos (que, horrorizados y con las piernas temblando, contemplaban al muchacho tendido en el suelo), hasta la aparición de Virata, que con su llegada interrumpió la brutal tortura.

Virata miró al esclavo que yacía en el suelo. La arena bajo las plantas de sus pies estaba teñida de sangre. Sus ojos, horrorizados, estaban abiertos como los de un animal que está a punto de ser degollado, y Virata vio, más allá de la negrura de su mirada fija, aquel terror que él mismo había experimentado durante su propia noche.

—Soltadlo —dijo a los hijos—, ya ha expiado su delito.

El esclavo besó el polvo ante los pies de Virata. Por primera vez, los hijos, enfurruñados, se separaron del padre. Virata volvió a su habitación. Maquinalmente se lavó la frente y las manos, y mientras lo hacía, el repentino contacto con el agua fría le hizo darse cuenta, no sin estremecerlo, de lo que su espíritu, siempre tan alerta, había olvidado: que había vuelto a actuar como juez y que, con su veredicto, había cambiado un destino. Y por primera vez desde hacía seis años se vio privado del sueño.

Y mientras yacía desvelado en la oscuridad, vio los ojos horrorizados del esclavo (¿o eran los del hermano asesinado?) al tiempo que los furiosos de sus hijos, y se preguntó una y otra vez si los muchachos no habían cometido una injusticia con aquel siervo. Por una negligencia insignificante la sangre había mojado la arena de su casa, el látigo había caído sobre un cuerpo vivo por una mezquindad, y esta falta lo quemaba más que los latigazos que en su día él mismo había sentido caer sobre su espalda como víboras incandescentes. Cierto que el castigo no se había aplicado a un hombre libre sino a un esclavo cuyo cuerpo le pertenecía, según la ley del soberano, desde que permanecía en el vientre de la madre. Ahora bien: a los ojos del dios de las mil formas, esta ley del soberano ¿también se convertía en un derecho en virtud del cual el cuerpo de un hombre pasaba a depender de la voluntad de otro, expuesto a su capricho, y que ese otro podía disponer de él sin sentirse culpable de nada, aun cuando le trastornara o le destrozara la vida?

Virata se levantó de la cama y encendió una antorcha para buscar alguna señal en los libros de la sabiduría. En ninguna parte se toparon sus ojos con diferencia alguna entre hombre y hombre, salvo en la división en castas y

estamentos, pero en ningún lugar hablaba el ser de las mil formas de diferencias y distancias en cuanto a la exigencia de amor. Se empapaba de la sabiduría cada vez más sediento, pues nunca antes había albergado su alma tanta perplejidad; y en un momento dado, la llama dio su último estertor en la punta de la mecha y se apagó.

Pero en estos instantes en que de las paredes no se desprendía sino oscuridad, le sucedió a Virata algo de lo más misterioso: su habitación había dejado de ser ese espacio que él recorría a tientas para convertirse en la prisión de antes, donde, en aquellos días, había reconocido con el corazón encogido de temor que la libertad era el derecho supremo del hombre y que nadie podía encerrar a nadie, ni de por vida, ni por un año. Sin embargo, él mismo —y así lo reconoció — había encerrado a aquel esclavo en el invisible círculo de su voluntad y lo había encadenado al azar de su resolución, de tal manera que impedía al cautivo dar un solo paso libre en lo que le quedaba de vida. Mientras permanecía quieto, sumido en la oscuridad de su habitación, notó cómo se iluminaba su interior y cómo le ensanchaban el pecho sus pensamientos, llenos de una luz que bajaba de una altura invisible. Tomó conciencia de que también en aquel caso la culpa anidaba en él, quien había sometido a su voluntad a otros hombres al haberlos convertido en esclavos en virtud de una ley que no era más que la frágil ley de los hombres, y no la ley eterna del dios de las mil formas. Y se inclinó para orar:

—¡Te doy gracias a ti, el de las mil formas, que, a través de todas ellas, me envías mensajeros para que me libren de culpa y para que yo pueda acercarme cada vez más a ti por el camino de tu voluntad invisible! Haz que las reconozca en los ojos eternamente acusadores del hermano eterno, que me sale al encuentro a cada paso, que ve a través de mi mirada y cuyo sufrimiento me duele y me atormenta, para que purifique mi vida y que yo pueda respirar sin culpa alguna.

El rostro de Virata volvió a serenarse; salió a la noche con ojos llenos de luz, bebió el blanco saludo de las estrellas, aspirando profundamente el susurro creciente del viento matutino, y bajó hasta el río a través de los jardines. Cuando el sol salió por oriente, se internó en el río sagrado y, luego, regresó a casa, con los suyos, que estaban reunidos para la oración de la mañana.

Virata entró en el círculo familiar, saludó a todo el mundo con una sonrisa

agradable, con un gesto indicó a las mujeres que se retiraran a sus aposentos y, luego, habló a los hijos:

—Sabed que desde hace años una sola preocupación atormenta mi alma: ser justo y vivir sin culpa sobre la faz de la Tierra. Pues bien, ayer se derramó sangre en el suelo de mi casa, sangre de una persona, un ser vivo, y deseo redimirme de esa sangre y expiar el pecado cometido bajo el manto de mi techo. El esclavo que tan caro ha pagado una bagatela obtiene la libertad desde este mismo instante y se marchará adonde le plazca, y así no ocurrirá que un buen día interponga ante el Juez Supremo un pleito contra mí y contra vosotros.

Los hijos permanecieron de pie y en silencio, y Virata notó cierta hostilidad en aquel mutismo.

—Parece que es el silencio la réplica a mis palabras. Tampoco contra vosotros nada emprenderé sin antes escucharos.

—Quieres conceder la libertad a un culpable que ha cometido una falta, un premio en lugar de un castigo —empezó diciendo el hijo mayor—. Tenemos muchos criados en casa y no nos viene de uno, pero toda acción genera efectos que la trascienden y desencadenan otras acciones. Si sueltas a éste ¿con qué derecho podrás retener luego a los demás, que son tu propiedad, si también ellos pretenden marcharse?

—Si pretenden salir de mi vida, no puedo sino dejar que lo hagan. No quiero retener a ningún ser vivo, pues el que forja destinos ajenos cae en la culpa.

—Pero con esto conculcas el espíritu de la ley — añadió el segundo hijo—. Los esclavos nos pertenecen igual que la tierra y el árbol de esta tierra y el fruto de este árbol. Puesto que te sirven están ligados a ti como tú lo estás a ellos. Quieres vulnerar una norma que se ha estado forjando a lo largo de siglos y que lleva mucho tiempo afianzada: que el esclavo no es amo de su vida sino servidor de su amo.

—Sólo hay un derecho que emana de dios y este derecho no es otro que la vida, que él concedió a todo el mundo con el aliento de su boca. Me exhortas al bien, a mí que estaba ofuscado y quería librarme de la culpa: llevo años arrebatando la vida a otros. Pero ahora lo veo todo claro y sé que un hombre justo no puede convertir a otro hombre en un animal de carga. Quiero dar la libertad a todo el mundo para poder vivir sobre la faz de la Tierra sin culpa ante nadie.

La obstinación se dibujaba en la frente de los hijos. Y dura fue la respuesta del mayor:

—¿Quién regará los campos con agua para que no se eche a perder el arroz? ¿Quién llevará a pastar a los búfalos? ¿Debemos convertirnos nosotros mismos en siervos a causa de tu obcecación? Tú mismo no te has manchado las manos con el trabajo físico a lo largo de toda tu vida ni te ha preocupado que ésta se sustentase en el esfuerzo de otros. También con el sudor de otros está hecho el jergón sobre el cual te acuestas, y velan tu sueño los criados que te abanican. Y de pronto ¿quieres apartarlos de tu lado y que nunca más trabaje nadie salvo nosotros, que somos sangre de tu sangre? ¿Acaso también pretendes que desunzamos los búfalos del arado y lo tiremos nosotros en su lugar para que no reciban latigazos? Porque también por ellos corre el aliento salido de la boca del dios de las mil formas. No toques lo que ya existe, padre, porque también esto es de dios. La tierra no se labra sola, hay que forzarla para que dé fruto. La fuerza es la ley que prevalece bajo las estrellas, no podemos prescindir de ella.

—Pero yo sí que quiero prescindir de ella, pues pocas veces el poder se basa en la justicia, y yo quiero vivir en la Tierra sin injusticia.

—Toda posesión se basa en el poder, sea de los hombres, de los animales o de las pacientes tierras. Si eres amo, tienes que dominar: el que posee, está atado al destino de los otros hombres.

—Pero yo me quiero deshacer de todo aquello que me hace caer en culpa. Por eso os ordeno que liberéis a los siervos que tenemos en casa y que vosotros mismos os ocupéis de nuestras necesidades.

La cólera creció por momentos en las miradas de los hijos. Les costó mucho trabajo reprimir las ganas de refunfuñar. El mayor dijo:

—Has dicho que no deseabas doblar la voluntad de ningún hombre. No quieres mandar a tus esclavos para no caer en culpa y a nosotros, en cambio, sí que nos das órdenes, entrometiéndote en nuestra vida. ¿Dónde está, te pregunto, esa justicia ante dios y ante los hombres?

Virata permaneció callado durante un rato. Cuando alzó los ojos, vio la llama de la codicia en las miradas de sus hijos y una oleada de temor inundó su espíritu. Luego, dijo en voz baja:

—Me habéis dado una buena lección. No os obligaré a hacer nada por la fuerza. Quedaos la casa y repartíosla como queráis. Yo ya no tengo parte en la

hacienda, como tampoco en la culpa. Tienes razón: el que domina esclaviza a los otros, pero sobre todo a su propia alma. El que quiere vivir sin culpa no puede tener parte en una casa ni en el destino de los demás, no se puede alimentar del esfuerzo ajeno, ni beber del sudor de otros, no puede depender del placer de la mujer ni de la exigencia de la saciedad: sólo aquel que vive en soledad vive con su dios, sólo el que trabaja experimenta a dios y sólo el pobre de solemnidad lo posee por completo. Y yo quiero estar más cerca del Invisible que de mi propia tierra, quiero vivir sin culpa. Quedaos la casa y repartíosla en paz.

Virata dio media vuelta y se marchó. Los hijos se quedaron de una pieza; la codicia satisfecha les calentaba el cuerpo con una sensación dulce, pero en el fondo de su corazón se sentían avergonzados.

Virata se encerró en su habitación, sin prestar oídos a llamadas y exhortaciones. Sólo cuando cayeron las sombras de la noche, se preparó para el camino: cogió un bastón, el platillo de las limosnas, un hacha para trabajar, un puñado de fruta como provisiones y, para meditar, las hojas de palmera con los escritos de la sabiduría; se arremangó la vestimenta por encima de las rodillas y, en silencio, abandonó la casa, sin siquiera volver la cabeza hacia su mujer, sus hijos y toda la comunidad de la hacienda. Caminó durante toda la noche hasta que llegó al río al cual, en un momento amargo de lucidez, había tirado su espada, lo vadeó y se dirigió río arriba por la otra orilla, donde no había edificación alguna y la tierra aún no conocía el arado.

Al romper el alba, llegó a un lugar donde un rayo había caído sobre un mango antiquísimo y frondoso y con su fuego había abierto un claro en el bosque.

A su lado pasaba el río dibujando suaves recodos y una bandada de pájaros daba vueltas alrededor del agua mansa para beber de ella sin miedo. Reinaba claridad en el río abierto y sombra detrás de los árboles. El rayo había dejado montones de leña y astillas desparramadas por todas partes. Virata examinó el solitario rectángulo abierto en medio del bosque.

Y decidió construirse allí una cabaña y dedicar su vida a la contemplación, lejos de los hombres y sin culpa.

Tardó cinco días en construir la cabaña, porque sus manos no estaban

acostumbradas al trabajo. Y, también, porque su jornada se llenaba de otras tareas, tales como buscar fruta para alimentarse, defender la cabaña de la espesura del bosque que crecía con pujanza, limpiar los alrededores de la cabaña y vallarla con estacas puntiagudas para que los tigres, que rugían hambrientos en la oscuridad, no se acercaran durante la noche. Pero ningún sonido humano penetraba en su vida ni perturbaba su espíritu; los días transcurrían plácidos como el agua del río, mansamente renovada por una fuente inagotable.

Tan sólo los pájaros seguían acudiendo allí, pues aquel hombre tranquilo no les inspiraba miedo alguno, y no tardaron en anidar en su cabaña. Él les tiraba semillas de grandes flores y fruta seca. Ellos acudían en seguida: ya no tenían miedo de sus manos; bajaban volando de las palmeras en cuanto oían su llamada, él jugaba con ellos y ellos, confiados, se dejaban tocar por sus dedos. Un día encontró Virata en el bosque un simio pequeño que, tumbado en el suelo con la pata rota, chillaba como un niño. Se lo llevó a casa y lo educó hasta que lo tuvo enseñado y, luego, el animal, juguetón y que lo imitaba en todo, le sirvió como un esclavo. De manera que Virata estaba rodeado de animales dóciles, aunque sabía que también en ellos, al igual que en los hombres, dormitaba la violencia. Veía con qué rabia se mordían y se daban caza los cocodrilos, con qué rapidez los pájaros sacaban del río los peces con sus picos puntiagudos y, también, cómo las serpientes se enroscaban alrededor de los pájaros para estrangularlos: la increíble cadena de la aniquilación con que la diosa enemiga había abrazado el mundo se le reveló como una ley contra la cual nada podía hacer la sabiduría. Le confortaba, sin embargo, su papel de mero espectador de estas luchas, el no tener parte de culpa en ese círculo interminable de aniquilación y salvación.

Durante un año y varias lunas no vio a hombre alguno. Pero un día, un cazador, que seguía las huellas de un elefante en su camino al abrevadero, contempló, desde la otra orilla, una imagen singular: un anciano de barba blanca, rodeado por el amarillento reflejo del crepúsculo, estaba sentado delante de una pequeña cabaña, los pájaros se habían posado tan tranquilos sobre su cabeza y un simio le partía nueces con golpes diestros de sus patas traseras. El anciano alzó la vista hacia las copas de los árboles, donde se balanceaban papagayos azules y de todos los colores, y cuando de pronto levantó el brazo, las aves se precipitaron hacia abajo, como una nube dorada, para posarse sobre sus manos. Se le antojó al cazador que estaba viendo al santo del que se había profetizado:

«Los animales le hablarán con la voz de los hombres y las flores crecerán bajo sus pisadas. Puede alcanzar las estrellas con los labios y ahuyentar la luna con un soplo de su aliento.» Y el cazador abandonó la cacería y regresó a casa para contar lo que había visto.

Al día siguiente se reunió una multitud de curiosos para atisbar el milagro desde la otra orilla. El número de espectadores estupefactos crecía por momentos, hasta que uno de ellos reconoció a Virata, el que había desaparecido de la patria, abandonando casa y heredad, por amor a la equidad suprema. La noticia corrió de boca en boca y llegó hasta el rey, que, afligido, echaba de menos a su fiel servidor; el soberano mandó preparar una barca con cuatro veces siete remeros. Y remaron río arriba hasta que llegaron al lugar donde se alzaba la cabaña de Virata, luego extendieron alfombras ante los pies del rey, que salió al encuentro del sabio. Pero Virata no había oído la voz humana desde hacía un año y seis lunas; temeroso y vacilante permanecía ante sus huéspedes y, habiendo olvidado la reverencia del servidor ante el soberano, tan sólo pronunció estas palabras:

—Bendita sea tu llegada, rey.

El rey lo abrazó.

—Desde hace años observo tu camino hacia la perfección. Ahora he venido a ver cómo vive un hombre justo para aprender de él.

Virata se inclinó.

—Mi único saber es que me he olvidado de vivir entre los hombres para estar libre de toda culpa. El solitario sólo se puede instruir a sí mismo. No sé si es sabiduría lo que hago, no sé si es felicidad lo que siento, no sé si puedo enseñar nada o dar consejo alguno. La sabiduría del solitario es diferente a la del mundo, la ley de la contemplación es diferente a la de la acción.

—Pero el mero hecho de ver cómo vive un hombre justo ya es una lección —contestó el rey—. Desde que he visto tu rostro siento un goce inocente. No deseo nada más.

Virata volvió a inclinarse. Y el rey volvió a abrazarlo.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti en mi reino o algo que quieras que diga a los tuyos de tu parte?

—Ya nada es mío, rey, en esta tierra. He olvidado que en otros tiempos tenía una casa entre otras casas y unos hijos entre otros hijos. El que no tiene patria

posee el mundo, el que se ha desprendido de todo posee la vida entera y el que no tiene culpa goza de la paz. No albergo otro deseo que el de vivir en la Tierra libre de culpa.

—Entonces adiós, y piensa en mí en tu recogimiento.

—Yo pienso en dios y, por lo tanto, también en ti y en todos los que moran en esta tierra, que, nacidos de su aliento, son parte de él.

Virata hizo una reverencia. La barca del rey se alejó río abajo y durante muchas lunas Virata no volvió a oír voz humana alguna.

Una vez más la fama de Virata cobró alas y voló por todo el país como un halcón blanco. La noticia de aquel que había abandonado casa y heredad para dedicarse a la vida de auténtico recogimiento llegó hasta las aldeas más remotas y a las cabañas de la costa, y los hombres dieron al temeroso de dios el cuarto nombre de la virtud, el de «Estrella de la Soledad». En los templos, los sacerdotes loaban su renuncia y el rey lo enaltecía ante sus servidores; cuando un juez del país pronunciaba una sentencia, siempre añadía: «Que sean justas mis palabras como las de Virata, que ahora vive con dios y posee toda la sabiduría.»

Ocurría algunas veces, y con los años cada vez más a menudo, que un hombre que reconocía la injusticia de sus propios actos y el vacío de su vida, abandonaba casa y patria, regalaba sus posesiones y se retiraba al bosque para construirse una cabaña como la de Virata en la que vivir con dios. Y es que en la Tierra, el ejemplo es la ligazón más fuerte entre los hombres; toda acción despierta en los demás la voluntad de actuar con rectitud, de salir del sopor de la somnolencia y de llenar las horas de actividad. Y una vez despiertos, se daban cuenta del vacío de sus vidas, veían sangre en sus manos y culpa en sus almas; entonces se levantaban y se alejaban del mundo para sumirse en el recogimiento; se construían una cabaña como la de Virata, que satisfacía sus necesidades más perentorias. Cuando se topaban al borde del camino mientras buscaban fruta, no se dirigían palabra alguna, para así evitar crear nuevos vínculos de comunidad, aunque sus ojos se sonreían alegres recíprocamente y sus almas se ofrecían la paz. El pueblo llamaba aquel bosque «la colonia de los devotos». Y ningún cazador deambuló por aquella tierra salvaje para no mancillar con actos sanguinarios su carácter sagrado.

Pero una vez, mientras Virata paseaba por el bosque a primera hora de la mañana, vio a uno de los ermitaños tumbado inmóvil en el suelo y cuando se inclinó sobre él para ayudarle a levantarse, se dio cuenta que ya no había vida en aquel cuerpo. Virata cerró los ojos del muerto, pronunció una oración y trató de sacar de la espesura aquellos restos mortales y, luego, intentó preparar una pira donde incinerarlos, para que el cuerpo de aquel hermano pudiese entrar purificado en la transmigración. Pero el peso resultó excesivo para sus brazos, debilitados a causa de la escasa alimentación. De manera que vadeó el río con objeto de buscar ayuda en la aldea más cercana.

Cuando los habitantes de la aldea vieron caminar por sus calles al excelso personaje, al que llamaban «La Estrella de la Soledad», acudieron respetuosos a atender su solicitud y salieron inmediatamente a talar árboles y a inhumar al muerto. Por allá donde pasaba Virata, las mujeres le rendían pleitesía con reverencias, los niños se detenían y algunos hombres salían de sus casas para besar las vestimentas del excelso visitante y para recibir la bendición del hombre santo. Virata esbozó una sonrisa y la paseó por aquella oleada de gente sencilla, pues comprendió que era capaz de volver a amar a los hombres, y, además, con mayor intensidad y pureza que cuando estaba ligado a ellos.

Y he aquí que, cuando pasaba por delante de la última casa de la aldea, de techo bajo, respondiendo alegre a los saludos cordiales de todos los que se le acercaban a cada momento, vio que se clavaban en él los ojos llenos de odio de una mujer; y se estremeció, pues le dio la impresión de que volvía a ver los ojos inertes del hermano asesinado, olvidados desde hacía años. En todo aquel tiempo de soledad, su alma se había desacostumbrado tanto de la hostilidad que inmediatamente dio media vuelta y se marchó de allí. Se autoconvenció de que aquello podía haber sido un error de sus propios ojos. Pero la mirada de la mujer, negra e implacable, seguía fija en él. Y cuando Virata, otra vez amo y señor de sí mismo, aflojó el paso para regresar hacia la casa, la mujer salió a su encuentro con actitud hostil y, desde el fondo en penumbra de la vivienda, Virata sintió sobre sí mismo el fuego de aquella mirada como los ojos de un tigre al acecho en la inmóvil espesura de la selva.

Virata recuperó los ánimos.

—¿Cómo puedo ser culpable de nada ante esta mujer a la que no he visto nunca y que destila odio hacia mí? —se dijo—. Debe de tratarse de un error, lo

aclararé.

Se acercó tranquilo a la casa y llamó a la puerta. El eco de sus nudillos fue la única respuesta y, sin embargo, Virata percibía la presencia llena de odio de aquella desconocida. Paciente, llamó otra vez, esperó un rato y volvió a llamar. Finalmente, apareció la mujer, vacilante y con ojos sombríos y hostiles clavados en él.

—¿Qué más quieres de mí? —lo increpó, jadeando.

Y Virata vio que la mujer se tenía que apoyar sobre el marco de la puerta, hasta tal extremo la sacudía la rabia. Pero él, que se limitaba a contemplar su rostro, se sentía aliviado de corazón, ya que estaba seguro de no haberla visto jamás: era una mujer joven y él llevaba muchos años apartado del camino de los hombres; sus respectivos caminos, pues, no podían haberse cruzado, era imposible que él hubiese hecho daño alguno a su vida.

—Te quería ofrecer el saludo de la paz, desconocida —respondió Virata—, y preguntarte por qué me miras con odio. ¿Acaso fui tu enemigo, te he hecho algo?

—¿Que si me has hecho algo? —y una risa maligna le retorció la boca—. ¿Que si me has hecho algo? Nada, una nadería: has convertido en vacío la abundancia de mi hogar, me has robado a quien más amaba y has condenado a muerte mi vida. Vete, que no vuelva a ver nunca más tu rostro, si no, no podré contener mi cólera por más tiempo.

Él la miró. La desconocida tenía los ojos tan extraviados que Virata pensó que era presa de un rapto de locura. Ya estaba dando media vuelta para marcharse cuando añadió:

—No soy ese por quien me tomas. Vivo alejado de los hombres y no cargo sobre mis hombros la culpa de ningún destino. Tus ojos no me conocen.

Pero el odio de la mujer lo persiguió:

—¡Ya lo creo que te conozco! ¡Todo el mundo te conoce! Eres Virata, al que llaman «La Estrella de la Soledad», al que enaltecen con los cuatro nombres de la virtud. Pero yo no te enalteceré, mi boca no hará sino clamar contra ti hasta que mis gritos lleguen al juez supremo entre los vivos. Ven pues, ya que lo preguntas, y mira lo que me has hecho.

Y cogió a Virata sorprendido y le hizo entrar en la casa; abrió de golpe una puerta que conducía a una estancia baja y oscura. Lo arrastró hasta un rincón donde yacía un bulto inerte sobre un jergón. Virata se inclinó sobre él y pegó un

salto atrás, aterrorizado: era el cadáver de un niño cuyos ojos, petrificados en el lamento eterno, estaban clavados en él como en su día los ojos de su hermano. A su lado, la mujer, sacudida por el dolor, exclamó:

—Era el tercero y último nacido de mi vientre, Y a él también lo has matado tú, tú, al que llaman santo y servidor de los dioses.

Y cuando Virata se disponía a tomar la palabra para defenderse con una pregunta, ella lo arrastró hacia otro lado:

—Aquí, mira el telar, ¡vacío! Aquí pasaba el día Paratika, mi marido, tejiendo telas blancas, nunca ha habido mejor tejedor en el país. Llegaban de lejos para encargarle trabajo y ese trabajo nos daba vida. Claros eran nuestros días, porque Paratika, además de un buen hombre, era un trabajador incansable. Evitaba réprobos y evitaba la calle, sembró tres hijos en mi vientre y los educamos para que llegasen a ser hombres a su imagen y semejanza, justos y benévolos. Un día oyó decir a un cazador (ojalá jamás hubiera aparecido por aquí aquel forastero) que en el país vivía un hombre que había abandonado casa y heredad para unirse con dios como mortal y se había construido una casa con sus propias manos. El espíritu de Paratika fue oscureciéndose poco a poco, él pasaba muchas tardes meditando y apenas decía palabra alguna. Y una noche, cuando me desperté, él ya se había ido de mi lado; se había dirigido al bosque, el que llaman Bosque de los Devotos, donde tú moras para pensar en dios. Él quiso hacer otro tanto, y se olvidó de nosotros y de que vivíamos de su trabajo. La pobreza entró en nuestra casa, faltó pan para mis hijos, que fueron muriendo uno tras otro, y hoy ha muerto éste, el último, por tu culpa. Porque fuiste tú quien lo indujo. Para que tú te aproximaras a la verdadera esencia de dios, tres hijos de mi vientre han ido a parar bajo la dura tierra. ¿Cómo lo expiarás, hombre orgulloso, cuando te llame ante su presencia el Juez de los Vivos y de los Muertos? ¿Cómo expiarás el que sus cuerpecitos, antes de morir, se retorciesen de dolor a causa de mil sufrimientos mientras tú, ajeno a cualquier dolor, tirabas miguitas a los pájaros? ¿Cómo expiarás el haber inducido a un hombre justo a abandonar un trabajo que lo alimentaba a él y a unos niños inocentes, con la estúpida ilusión de que viviendo apartado estaría más cerca de dios que haciéndolo entre los vivos?

Virata palideció y le temblaban los labios.

—No sabía que mi proceder fuera un estímulo para otros. Yo quería actuar

solo, ésa era mi intención.

—¿Dónde está, pues, tu sabiduría, sabio? Ignoras lo que ya saben los niños, esto es: ¡que toda acción es obra de dios y que nadie la puede eludir por voluntad propia ni escapar a la ley de la culpa! No has sido sino un hombre soberbio que se creía dueño de sus actos y que podía aleccionar a los demás: lo que a ti tan dulce se te antojaba, para mí es amargura, y tu vida es la muerte de este niño.

Virata reflexionó por unos momentos. Luego inclinó la cabeza.

—Tienes razón. Ahora veo que en el dolor hay más sabiduría y verdad que en toda la serenidad de los sabios. Todo lo que sé lo he aprendido de los desdichados, y todo lo que he visto lo he contemplado a través de la mirada de los seres torturados, de los ojos del hermano eterno. No he sido un humilde servidor de dios, como creía, sino un soberbio: lo sé por tu sufrimiento, que ahora también es el mío. Perdóname por confesártelo a ti: soy yo el culpable de tu desgracia, así como, seguramente, del destino de muchos más, sin yo saberlo. Porque el que no actúa también hace algo que lo convierte en culpable en la Tierra, tampoco deja de vivir el solitario en todos sus hermanos. Perdóname, mujer. Dejaré el bosque y volveré a la ciudad para que también Paratika vuelva a casa y siembre en tu vientre una nueva vida que reemplazará la que se ha ido.

Se volvió a inclinar y tocó con los labios el borde del vestido de ella. En aquel momento desapareció toda su cólera, y la mujer, atónita, acompañó con la vista al hombre que se alejaba.

Virata pasó una noche más en su cabaña; contempló las estrellas, vio cómo emergían, blancas, del fondo del firmamento para apagarse de nuevo en la mañana, una vez más llamó a comer a los pájaros y los acarició. Luego, cogió el bastón y la taza, y tal como había venido hacía muchos, muchos años, regresó a la ciudad.

En cuanto se difundió la noticia de que el santo había abandonado su retiro para volver a vivir entre los muros de la ciudad, el pueblo salió en masa a la calle para verlo, algunos, sin embargo, albergando un temor secreto a que su proximidad a dios pudiera ser presagio de alguna desgracia. Mientras caminaba como entre dos paredes que lo saludaban con sumo respeto, Virata intentaba devolver los saludos con la sonrisa alegre y dulce que, en otros tiempos, solía

aflorar en sus labios; pero por primera vez no lo consiguió: sus ojos permanecían severos y su boca cerrada.

Con este porte llegó al patio del palacio. La hora del consejo había pasado y el rey estaba solo. Al dirigirse Virata hacia él, el soberano se levantó para abrazarlo. Sin embargo, Virata se inclinó hasta el suelo y se aferró al borde de la vestimenta real en señal de súplica.

—Tu ruego ha sido concedido —dijo el rey— antes de que lo formulen tus labios. Es un honor para mí el haber podido servir a un hombre piadoso y ayudar al sabio.

—No me llames sabio —respondió Virata—, porque no he seguido el camino recto. He caminado en círculos y ahora me hallo suplicando ante tu puerta, la misma en que comparecí una vez para que me eximieras de mis funciones. Quería estar libre de culpa y he evitado toda acción, pero aun así no he dejado de estar envuelto en la red que los dioses han impuesto a los hombres.

—Me cuesta trabajo creerlo, tratándose de ti —dijo el rey—. ¿Cómo habrías podido cometer injusticia alguna para con los hombres, tú que los has evitado, y caer en la culpa, tú que vives en dios?

—No he sido injusto a sabiendas, he huido de la culpa, pero nuestros pies están encadenados a la tierra y nuestros actos a la ley eterna. También la no acción es acción; no me podía zafar de los ojos del hermano eterno, por el cual obramos bien o mal en contra de nuestra voluntad. Pero siete veces soy culpable, porque huí a la presencia de dios y eludí servir a la vida; he sido un inútil, porque sólo nutría mi vida, sin servir a la de los demás. Y ahora deseo volver a servir.

—Me resultan extrañas tus palabras, Virata, no te comprendo. Dime cuál es tu deseo y lo satisfaré.

—No quiero disponer más de mi libre albedrío. Porque el hombre libre no lo es y el que no hace nada también es culpable. Sólo es libre el que sirve, que ofrece su voluntad a otros y emplea sus fuerzas en una obra, sin hacer preguntas. Sólo la mitad de la acción es obra nuestra: el principio y el final, la causa y el efecto, pertenecen a los dioses. Líbrame de mi voluntad, porque querer es confusión y servir es sabiduría, y te estaré agradecido, rey.

—No te comprendo. Pides libertad al tiempo que el deber de servirme. ¿Quiere esto decir que sólo es libre aquel que sirve a otro y no el que ordena que

le sirvan? No lo comprendo.

—Es bueno que en el fondo de ti mismo no lo comprendas, rey. Pues si lo comprendieras, ¿cómo podrías seguir siendo rey y mandar?

El rostro del rey se oscureció de ira.

—¿Quieres decir con esto que a los ojos de dios el señor es más pequeño que el siervo?

—Ante dios no hay hombres más grandes ni más pequeños. El que no hace sino servir y renuncia a su voluntad se despoja de toda culpa y vuelve a dios. Pero el que quiere y cree que puede evitar hacer el mal con la sabiduría cae en la tentación y en la culpa.

El rostro del rey seguía tenebroso.

—Por lo tanto, ¿un servicio es igual que otro? ¿No hay nadie que sea más grande o más pequeño ante dios y los hombres?

—Puede ser que algunos parezcan más grandes que otros ante los hombres, rey, pero todos son iguales ante dios.

Durante un buen rato, el rey observó a Virata con una expresión hosca. El orgullo herido se retorcía en su alma. Pero cuando se fijó en el rostro demacrado del anciano y en el pelo blanco que le caía sobre las arrugas de la frente, pensó que el hombre había empezado a chochear antes de tiempo y, en tono burlón y para ponerlo a prueba, dijo:

—¿Quieres ser el guardián de los perros de palacio?

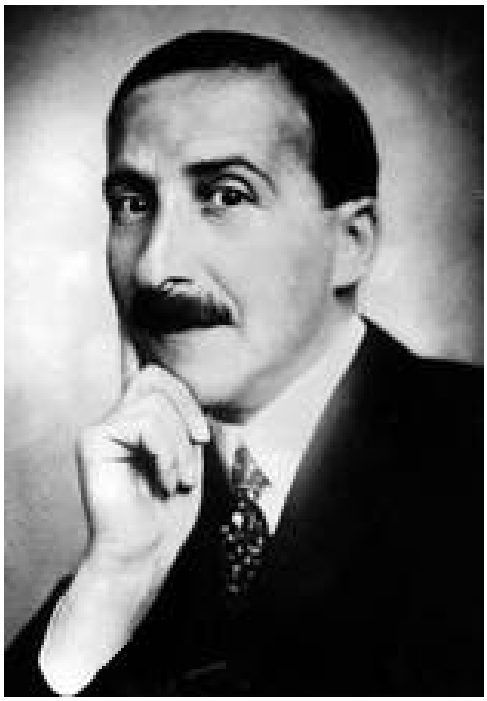
Virata se inclinó y besó los escalones en señal de gratitud.

Desde aquel día, el anciano al que el país había enaltecido con los cuatro nombres de la virtud fue guardián de los perros en el granero de delante del palacio y vivió con los siervos en la estancia inferior. Sus hijos, avergonzados del padre, pasaban por allí a toda prisa, para no tener que verlo y, cobardes, para no tener que reconocer ante los demás que eran de la misma sangre; los sacerdotes lo abandonaron por indigno. Sólo el pueblo siguió sorprendiéndose por unos días más al ver a aquel anciano, antaño el primer hombre del reino, sacando a pasear la jauría. Pero como él no le hacía caso, la gente, cada vez menos numerosa, no tardó en olvidarlo.

Virata cumplía fielmente su cometido, desde el alba hasta el crepúsculo.

Lavaba los hocicos de los animales y les rascaba la sarna de la piel, les llevaba la comida, les mullía el cubil y limpiaba lo que ensuciaban. No tardaron los perros en quererlo más que a cualquier otra persona de palacio, y él se sentía dichoso; su vieja boca arrugada, que pocas veces hablaba a los hombres, siempre sonreía ante la alegría de los animales; y el hombre amaba aquellos años, que fueron muchos y no estuvieron marcados por grandes acontecimientos. El rey lo precedió en la muerte, y lo sucedió otro, que no le prestaba atención alguna y que una vez le dio un bastonazo porque un perro había gruñido en su presencia. Y los demás hombres también se fueron olvidando poco a poco de su existencia.

Y cuando llegó el fin de sus días y el cadáver de Virata fue enterrado en el hoyo de la basura de los siervos, nadie del pueblo se acordaba ya del hombre al que en otra época el país había enaltecido con los cuatro nombres de la virtud. Se escondieron sus hijos y ningún sacerdote entonó la oración de los muertos a su cuerpo sin vida. Sólo aullaron los perros, durante dos días y dos noches. Pero también ellos acabaron por olvidarse de Virata, cuyo nombre no aparece inscrito en las crónicas de los soberanos ni consignado en los libros de los sabios.



STEFAN ZWEIG, (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942) fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas

culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.